



Excmo. Sr. Presidente del Instituto de Academias de Andalucía,

Excmo. Sr. Presidente de honor de la Academia,

Excmo. Sr. Director de la Real Academia de Bellas Artes de Nuestra Señora de las Angustias de Granada,

Ilma. Sra. Decana de la Facultad de Ciencias de nuestra Universidad,

Ilmo. Sr. Secretario General de la Academia,

Excmos. e Ilmos. Señoras y Señores Académicos,

Autoridades,

Sras. y Sres.

Iniciamos hoy la andadura de un nuevo Curso Académico en nuestra Institución y lo hacemos arropados con la presencia y el apoyo de insignes personalidades; permítanme, pues, que inicie esta breve intervención agradeciendo al Excmo. Sr. Presidente del Instituto de Academias de Andalucía su presencia aquí pues es muy de agradecer el esfuerzo que hoy, y yo diría siempre, hace por arropar a sus Academias y por estimular con su presencia nuestras actividades, gracias pues, querido Benito, por haber querido, una vez más, iniciar con nosotros esta nueva etapa.

Quiero, igualmente, agradecer de forma muy especial la presencia de nuestra querida Decana de la Facultad de Ciencias, Facultad que nos viene acogiendo desde siempre ayudándonos en todos los sentidos, para poder llevar a cabo nuestras iniciativas y para materializar nuestros proyectos; tú sabes bien, querida Maricarmen, que en esta Academia se valora, y mucho, todo lo que la Facultad de Ciencias de Granada, cuna de nuestra Institución y hoy bajo tu dirección, hace por nosotros.

Y, ¿cómo no?, la presencia, preñada de complicidad, de nuestro hoy insigne y excepcional orador, mi compañero en responsabilidades, Jesús M<sup>a</sup> García Calderón, al que me referiré con algo más de extensión posteriormente.

No puedo, por otro lado, obviar el deseo de nuestra Rectora de que contemos con su apoyo y adhesión al acto, al no poder estar presente por el motivo de tener que participar hoy en una reunión de la CRUE de la que es parte directiva; ella, siempre viene dando por esta institución y sus hermanas mucho más que muestras de empatía.

Como les decía, iniciamos con este acto un nuevo curso académico y lo hacemos, yo al menos, con un cierto grado de satisfacción, pero sin que ello signifique, en modo alguno, complacencia. Y esto es así porque, tras oír la lectura de la memoria del curso 2018 realizada por nuestro Secretario General, en la que se han reflejado las actividades llevadas a cabo durante al año 2018, uno saca la impresión de que la Academia de Ciencias de Granada “tiene pulso”, de que está viva y de que se proyecta.

Entre las iniciativas reflejadas en la memoria, cobra, para mí al menos, una especial significación la recuperación de los Premios a la Excelencia en la formación discente de nuestros universitarios, así como a la actividad de nuestros jóvenes investigadores. Somos conscientes de que el cumplimiento de nuestro primer objetivo fundacional “*El cultivo, fomento y difusión de la Ciencia y sus aplicaciones*”, arranca, prioritariamente, del reconocimiento al esfuerzo, tanto docente como discente, en la formación de quienes serán el futuro de nuestra Ciencia y, por ende, motores de nuestra Sociedad.

A su vez, reconocer la actividad de excelencia en nuestros jóvenes investigadores, viene a significar, según lo veo yo también, un estímulo muy importante para los mismos en el sentido de impulsar su continuidad en una tarea necesaria para nuestro futuro, la cual, aunque no siempre sea fácil, siempre será maravillosa.

Asimismo, ya se lo anuncio, estamos dando los primeros pasos para iniciar un proceso similar en otros niveles de la educación en ciencias, en los que pensamos contemplar la labor de un profesorado no siempre bien reconocido por la sociedad en el momento actual.

Al respecto pensamos, y ese es el origen de estas iniciativas, que el cultivo de la Ciencia y la proyección del conocimiento constituyen, sin lugar a dudas, el mejor camino para acabar con la lacra más deleznable, y origen de todas las demás, que puede sufrir la humanidad: la ignorancia.

Los ingresos de nuevos académicos llevados a cabo durante 2018 y las propuestas aprobadas durante este mismo año para su ingreso durante el presente curso académico, nos hacen ver el futuro con perspectivas de optimismo y contemplar

la posibilidad, no solo de cumplir nuestros objetivos, sino también de ampliar la tareas a desarrollar en los campos que nos competen; tareas relacionadas con los valores humanísticos y del conocimiento propios de nuestra Academia y que consideramos imprescindibles en una sociedad que se supone avanzada.

Todo lo expuesto, como les decía, nos hace tener un cierto grado de optimismo y satisfacción, pero nunca de complacencia; pues lo realizado no lo consideramos, en modo alguno, ni siquiera como suficiente.

Al respecto, entendemos entre otras muchas cosas, que se hace, cada vez más, necesario conseguir, al menos, una mayor visibilidad de nuestras instituciones.

Creemos que es necesario proyectar aún más, si cabe, la actividad y la potencialidad de nuestras academias al menos en el entorno en que se ubican.

Pensamos que es necesario, porque es nuestra obligación, que se nos conozca en profundidad, que se nos vea como algo útil con la potencialidad que se deriva de nuestra formación, que se nos vea de otra forma distinta a la que con frecuencia se nos interpreta, de vernos como algo necesario, en definitiva. Y para ello es imprescindible cambiar, en definitiva, la imagen que, con frecuencia se tiene de las academias y de sus académicos, de verlas, cuando más, como un reducto de viejas glorias de utilidad puramente testimonial, de verlas como un cementerio de elefantes, o, incluso, de concepciones más vejatorias.

Y ello hay que hacerlo sin esperar recompensa distinta de la de hacer las cosas por las cosas, como diría el filósofo.

Hay que hacerlo sin esperar siquiera a que se nos solicite nuestra actuación.

Hay que hacerlo estando allí donde se crea necesaria nuestra intervención sin esperar a que la intervención sea demandada.

Pero, para conseguir tales objetivos yo entiendo que es necesario un primer paso fundamental, consistente en tomar conciencia cada uno de nosotros de lo que significa ser académico y de lo que se espera de nuestras instituciones y de sus integrantes, de los que acceden a esta distinción.

Se ha hablado mucho, y en todos los sentidos, sobre “qué son las academias” y “para qué sirven”, con pronunciamientos más o menos oficiales ligados al contenido de sus reglamentos constituyentes, pero existen otras visiones menos oficiales y más cercanas a la sociedad en general, que reflejan una ausencia total de información al respecto e, incluso, con atisbos de animadversión posiblemente derivados de otras épocas en las que existieron enfrentamientos con otras entidades ligadas al mundo de la cultura y del conocimiento. Enfrentamientos que hoy, por fortuna, ya no existen, al menos en nuestro ámbito, pero que han podido dejar sus secuelas, entre ellas la muy

frecuente relacionada con la cualidad de aquellos que acceden a la dignidad de académicos. Al respecto les recomiendo el artículo de López Aranguren publicado en El País 28/12/84 y titulado *¿Qué significa (querer) ser Académico?*

Y, si hemos de ser sinceros, algo puede haber de fondo en esa concepción. Algo que matiza muy bien nuestro idioma al diferenciar entre el verbo “estar” y el verbo “ser”, aplicándose aquí en los sentidos de “llegar a una meta” o de “arrancar en una actividad”, actividad de una gran proyección social como personas de la cultura, la ciencia y la libertad, siendo esto último de especial importancia para mí, pues posiblemente el ámbito en el que la libertad sea más efectiva sea en el de las academias, al menos en las Ciencias, ya que en ellas no debe existir ningún tipo de dependencia ideológica, contractual ni de rango, lo que, según Aranguren, tal vez no sea siempre así en “otras latitudes”.

Y es que ciertamente existen situaciones típicas y encontradas al respecto, desde la persona que aspira a esta dignidad para solamente hacer un apunte en su *curriculum vitae*, hasta la que utiliza a la Academia como un medio de promoción, viéndola como algo relacionado solamente con sus proyectos personales ligados a sus perspectivas de éxito y no como una determinada forma de ser y actuar derivada de la esencia de la Institución misma.

Lo importante es darse cuenta de que de lo que se trata es de tomar una actitud u otra, considerando la última posibilidad que he citado, como el privilegio que supone la capacidad que tenemos de marcar la diferencia, una oportunidad que se nos brinda para actuar con responsabilidad y, sobre todo, con ilusión.

Y es que un académico no debe ser una persona que se haya pasado la vida sin tener otra meta que la de acumular títulos y distinciones para terminar siendo, como diría Lamet, “*un burro cargado de títulos*” y ahora adornado además con una medalla y un diploma.

Es, pues, una tarea de todos nosotros, y no de los Boletines Oficiales, conseguir esa proyección tan necesaria para elevar nuestras instituciones a la altura social en la que deben estar por su concepción.

El académico tiene la obligación moral, que no profesional ya que la academia debe entenderse como algo vocacional y no como un oficio más, de materializar en su actividad cotidiana los principios de, por supuesto, competencia científica, pero ligada siempre a los de responsabilidad, compromiso, honestidad, justicia, generosidad, comprensión, respeto, etc., ligados a la filantropía intrínseca a la condición de académico y sin que ello tenga que suponer un esfuerzo.

El académico tiene, en definitiva, la obligación de dar testimonio continuo de lo que es y de lo que significa serlo, es decir de una actitud ante la vida y de una proyección hacia la sociedad.

No se trata solamente, como les decía, de llevar una medalla o de ostentar un nombramiento plasmado en un diploma. Esta es, a mi juicio, la diferencia entre “ser académico” y “estar en la academia”. Se trata, en definitiva, de conseguir que se hagan realidad los pronunciamientos de Platón cuando decía que *“se debía amar a los académicos como las mejores personas que sea posible encontrar”*.

He dicho anteriormente que el primer objetivo fundacional de nuestra Academia y, por extensión, el de todas las academias, consiste en el *“El cultivo, fomento y difusión de la Ciencia y sus aplicaciones”*, y reflexionando sobre esta sentencia, surge un tema de rabiosa actualidad en el que entiendo que las academias tienen mucho que decir. Y es que, si la Ciencia debe buscar el conocimiento por el conocimiento en sí mismo, tratando de encontrar la verdad en los fenómenos naturales modelizándolos y buscando sus aplicaciones; lo cierto es que los científicos se ven sometidos en la actualidad ineludiblemente a un sinfín de presiones que condicionan su actividad y las metas a conseguir con la misma.

Otras veces, son los propios, en estos casos mal llamados científicos, los que vulneran las “reglas del juego” para tratar de conseguir prebendas de todo tipo no soportadas por la autenticidad de sus investigaciones.

Al respecto, leí hace tiempo una frase que me hizo pensar y que, desde entonces, no abandona mi cabeza, fue pronunciada por Rabelais y sentenciaba: *“la ciencia sin conciencia no es más que la ruina del alma”*.

Posteriormente, dándole vueltas a esta idea, encontré otro tratado cuyo contenido resultó ser también inquietante para mí, pues en el mismo aparecía una frase, realmente lapidaria, pronunciada por el biólogo y escritor francés Jean Rostand y que establecía: *“La Ciencia ha hecho de nosotros dioses antes de que fuéramos dignos de ser hombres”*. Esta frase, como dice Rodrigo Uprimny, resume en pocas palabras uno de los dramas más profundos del mundo moderno ligado, tal vez, al desfase entre la potencia de la ciencia actual y la posible precariedad, al menos oficial, de lo que debiera ser la conciencia humana, conciencia no siempre ligada al científico como persona, sino también a la influencia que sobre los científicos tienen los poderes llamados fácticos. Y es que la dependencia económica de la actividad científica condiciona indefectiblemente la actuación del científico que se ve sometido a todo tipo de presiones relacionadas con las ideologías, los valores, el capital, la coyuntura económica, el ejército, la banca, etc., originando, como dice José Olivares, una fuerza incontenible, una pulsión colectiva, que conduce a la legitimación y justificación de todo aquello que es técnicamente posible. Se llega así a la idea de que el hombre de

ciencia pueda estar, sin ser consciente de ello, privado de su libertad, esa idea de búsqueda de libertad que tan maravillosamente plasmó Berlanga en la película "Calabuch".

El hombre de ciencia se debate, pues, hoy en día, y en muchos casos, *en la duda de si lo que hace, como diría Ortega Gasset, es lo correcto, aunque el mismo Ortega añade después: pero entiéndase bien, tampoco está seguro de lo contrario.*

Y es que realmente las ideologías y los condicionamientos sociales ligados a ellas se han convertido, como decía Feyerabend, en *verdaderos ingredientes, no solo de la aplicación del conocimiento, sino del conocimiento en sí.*

Se considera a la Ciencia, al conocimiento científico, como la base del progreso y a este como algo constructivo, y así parece ser si se parte de la idea de que cualquier descubrimiento científico es intrínsecamente bueno, pero los problemas surgen cuando se trata de aplicar ese conocimiento, cuando hablamos de la tecnología, tal vez de lo que ha dado en llamarse la "Teco-ciencia", la cual, muy al servicio del poder, ve marcadas sus metas por las ideas de hegemonía política, económica, militar, etc.

De ahí que en el mundo moderno estén surgiendo movimientos tendentes a tratar de controlar, de alguna manera, la forma en la que se aplican los logros científicos. Observemos que estos logros pueden llevar a un aumento del bienestar social , pero a veces al desarrollo de tecnologías ciertamente preocupantes y de repercusiones impredecibles, pensemos en la tan llevada y traída energía nuclear, en el desarrollo de armas químicas o biológicas, en la utilización de embriones humanos con fines no muy claros y que puede llevar al ser humano a su pérdida de identidad, de los experimentos de clonación con consecuencias parecidas, de la misma eutanasia, etc. etc. etc.

En este terreno es en el que yo creo que las academias deberían tener mucho que decir desde las perspectivas que les puedan ser inherentes.

Una tarea, pues, esencial, diría yo, es la de humanizar la Ciencia, partiendo de la base de que la Ciencia, su desarrollo y aplicaciones no puede ser ajena a los valores humanos, y aquí es donde entra la Ética como algo necesariamente complementario a la tecno-ciencia, y no me estoy refiriendo a planteamientos religiosos o de determinadas ideologías, no, es algo mucho más general. Parece necesario que debamos dotarnos de unas reglas de convivencia que conduzcan a un equilibrio adecuado entre la libertad de aplicación de los logros científicos y la protección obligada de personas e instituciones, de la humanidad en definitiva, pero, tal vez, llegando más lejos, a la misma idea de la Ética de cómo se hace la Ciencia, a la misma Ética de los investigadores, pues las corrientes modernas sobre evaluación de los logros científicos está, sin lugar a dudas, generando desviaciones increíbles en este campo.

Por todo esto, no es de extrañar que cuando propuse a la Junta de Gobierno de nuestra Academia dedicar el acto de inauguración del Curso Académico al binomio Ciencia y Ética, la idea fuese rápidamente aceptada. Y que cuando propuse como orador a la eminencia que ahora nos acompaña, fuese igualmente bienvenida.

Y es que hoy está con nosotros ni más ni menos que el Excmo. Sr. D. Jesús M<sup>a</sup> García Calderón, actualmente director de la Real Academia de Bellas Artes de Nuestra Señora de las Angustias de Granada, el cual aceptó, sin vacilar, mi invitación para participar en este acto, y aunque posiblemente aceptara por razones de compromiso académico, estoy seguro de que también lo hizo por amistad hacia sus compañeros de academia hermana, pues como diría D. Pedro Lain Entralgo *“el amigo es aquel que entrega lo que tiene, lo que es y lo que hace”*.

Jesús es un hombre cargado de humanidad, no en vano es el director, junto con el también académico José M<sup>a</sup> Rosales de Angulo, del Aula de Humanismo del Instituto de Academias de Andalucía. Un hombre con una formación muy vasta que, con una generosidad entrañable, pone al servicio de todo aquel que se lo solicite.

Extremeño de nacimiento, sevillano de formación y granadino de consolidación de la misma, pues es licenciado en Derecho por la Universidad de Sevilla y Doctor por la de Granada, ha desarrollado y desarrolla actividades cargadas de responsabilidad unas y de proyección humanística otras, ya que ha sido Fiscal General del Tribunal Superior de Justicia de Andalucía y es, en la actualidad, como he dicho anteriormente, Director de la Real Academia de Bellas Artes. Su entrega al mundo académico le ha hecho acreedor a multitud de distinciones como la de ser miembro de las Reales Academias de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Andalucía Oriental así como de las Reales Academias de Jurisprudencia y Legislación de Granada, Córdoba, Sevilla y Extremadura, además de pertenecer como Académico de Honor a la Academia de Ciencias, Bellas Artes y Buenas Letras Luís Vélez de Guevara de Écija; a su vez es también Académico Titular de la Academia Europea de Ciencias, Artes y Letras con sede en París, y, en breve recibirá una agradable noticia, así lo espero, en relación con nuestra academia.

Se dan las circunstancias de que, en la Real Academia de Bellas Artes de Nuestra Señora de las Angustias, vino a ocupar el sillón que dejó vacante D. Antonio Gallego Morell, y también que vino a sustituir, como Fiscal General del Tribunal Superior de Justicia de Andalucía, al malogrado D. Luis Portero García, sin que sea necesario añadir nada a estas dos circunstancias que hablan por sí solas.

Se encuentra en posesión de la Cruz de Honor de San Raimundo de Peñafort y de la Medalla de Oro de la Facultad de Derecho de Granada y ha sido miembro del Consejo Consultivo de Andalucía.

Finalmente ha sido nombrado, como tenía que ser, hijo adoptivo de la provincia de Granada.

Jesús, además de eminente jurista, es también poeta y escritor. Un poeta que imprime a sus obras la característica, en boca de Antonio Carvajal, de poesía vivencial basada en el conjunto de valores que sostienen su quehacer cotidiano. Entre estas obras yo entresacaré la de *La soledad partida*, aunque no sabría decirles el por qué, pues todas ellas encierran una belleza expresiva y de contenido realmente excepcionales.

En definitiva, Jesús es, según lo veo yo, un académico ejemplar, un modelo a seguir, y lo es por vocación y por un espíritu de entrega encomiable, un hombre que *ha sabido, sabe y siempre sabrá conjugar en su actividad el rigor de la justicia con la sensibilidad de la poesía y la belleza del arte.*

Y no quiero extenderme más, ustedes han venido aquí a oírle a él y yo, con ustedes, ya estoy ansioso por escuchar su charla.

Jesús, cuando quieras.